

necesariamente; pero posee la facultad de apartarse de ella. Sin embargo, su ciencia social no degenera en una pura dialéctica, porque comprende que lo que es racional es precisamente lo que existe con mayor frecuencia en la realidad; esta lógica ideal es, por lo tanto, también, en parte, la que está en las cosas" (112, 113). Y finalmente, para el entronque con otro nombre—jalón dentro de la tradición de la disciplina sociológica: "la ciencia social no podría progresar sin establecer que las leyes de las sociedades no son diferentes de las que rigen el resto de la naturaleza y el método que sirve para descubrirlas. Será la contribución de Auguste Comte a esta ciencia, eliminar de la noción de ley todos los elementos extranjeros que la falseaban y reivindicar, como es justo, para el método inductivo el primer sitio" (113). Y conste que Durkheim dice "el primer sitio" y no "el sitio único o exclusivo" como han llegado a pensarlo los bárbaros contemporáneos que padece la ciencia sociológica.

Del segundo ensayo de este volumen que la nota introductoria de Georges Davy y los propósitos de Armand Cu villier saben ligar a la tesis latina, sólo queremos recoger en parte el sentido de la conclusión en la que se asienta la relación entre Rousseau, Montesquieu y Hobbes, para todos los cuales, lo social es algo que se superfeta a la naturaleza propiamente dicha; pero en tanto para Hobbes es un acto de voluntad el que hace nacer y el que sostiene el orden social en cuanto sometimiento a un soberano que legifera sin aceptar control, para Montesquieu la ley civil no puede constituirse sino gracias a un legislador, pero un legislador que no puede obrar como le plazca, sino que debe de sujetarse y hacer la ley conforme a la naturaleza de las cosas, siendo en cambio imposible para Rousseau el que el acuerdo objetivo de los intereses —estado de

opinión, costumbres y mores— esté representado por una voluntad particular siendo como es producto de una voluntad general y, por lo mismo, heterogénea con respecto a ella.

Si bien referencias tan rápidas como las nuestras, en las que nos hemos mostrado en veces incapaces de deslindar los campos entre lo afirmado por Montesquieu, lo glosado por Durkheim y las consideraciones marginales que humildemente se nos ocurrían respecto a afirmaciones y glosa pueden, por lo mismo, resultar insuficientes o inadecuadas para dejar constancia del valor permanente que pueden tener las aportaciones de Montesquieu para la disciplina sociológica; el comentario de Georges Davy puesto como nota introductoria a libro no deja duda alguna —y su autoridad no puede menos que suscitar adhesión por lo bien fundado del argumento—: "Montesquieu nos parece, conforme al reconocimiento mismo de los más auténticos representantes del gran movimiento de constitución y emancipación de las ciencias sociales, como un genial precursor. Hemos tratado de precisar las razones por la que un Auguste Comte y un Durkheim le consideraban con razón como un precursor y aquellas por las que —con menos razón, según nos parece— no le tenían sino como precursor" (23).

GINI, CORRADO: *Las Poblaciones Primitivas*. (Métodos y Resultados.) Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán, en 1955. Ministerio de Educación de la Nación. Universidad Nacional de Tucumán. Departamento de Extensión Universitaria, pp. 23.

Gini afirma que nadie debería hablar sobre las poblaciones primitivas en caso

de no haber visitado por lo menos una, y, a fin de fundamentar su autoridad al respecto, se presenta como persona que ha examinado a samaritanos, dauadas, berberiscos, bantús, caraites, a once grupos indígenas mexicanos y a colonias alógenas de Italia. En estas investigaciones, señala, ha tenido siempre ciertas preocupaciones metodológicas básicas: 1.—Llegar al grupo por estudiar sin ideas preconcebidas (incluso sin lecturas previas); 2.—Examinar al mayor número posible de individuos o incluso a todos; 3.—Reducir el “cuestionario” a características susceptibles de medida objetiva, y “en todo lo que concierne a los caracteres psíquicos y sociales, servirse de los cuestionarios lo menos posible” (8); 4.—Observar más que experimentar en el campo de lo social.

Al comentar sus directrices metodológicas, Gini indica atinadamente que las preguntas de un cuestionario que tienen como blanco aspectos psicológicos o sociológicos, se refieren a menudo a problemas en los que a menudo ni los interrogados mismos han reflexionado, pudiendo considerarse por lo mismo sus respuestas como racionalizaciones que se inspiran en los convencionalismos sociales. Quizá la brevedad de la exposición de Gini no le haya permitido ser más extenso al respecto, y ello es de lamentar, porque si bien es cierto que en su comentario hay una nota precautoria importante, no debe desprenderse de él un precepto de eliminación total y sistemático de tales preguntas. Precisamente por las razones apuntadas por el propio autor, las respuestas obtenidas pueden ser del mayor interés siempre y cuando el investigador mismo tenga en cuenta el lastre que las daña necesariamente, porque ¿no precisamente una de las cosas que interesan en la pesquisa social es descubrir cómo actúa y cómo piensa el individuo sujeto al peso de una coerción social determinada? En tales con-

diciones, lo que se necesitaría sería, por una parte, distinguir entre aquellas respuestas condicionadas socialmente por la situación total, cotidiana, del investigado, de aquellas otras cuyo condicionamiento pudiera resultar solamente de la situación social que la pesquisa social implica y que —es verdad— es una situación social insólita, una situación experimental y no observacional sobre la que el investigador debe mantener un control vigilante y continuo. Pero, por otra parte, lo que se requeriría sería contrastar ciertas respuestas con ciertos comportamientos correspondientes a tales respuestas, incluso en el caso del primer tipo de preguntas y confrontar los contrastes en múltiples individuos a fin de determinar lo que en cada tipo de conducta y en cada tipo de respuesta hubiese de individual, y lo que en ellas existiese de social; lo que correspondiese a la coerción grupal y al plegamiento a tal coerción, y lo que debiera adscribirse a la rebeldía individual, a la reivindicación de una autonomía frente a las costumbres y normas del grupo. Y el tema sería interesante de desarrollar en cuanto —como siempre en la metodología y en la tecnología sociológicas— vendría a mostrar cómo se encuentra, en el centro mismo del método, la necesidad de dirimir previamente las dificultades que suscita una concepción adecuada de lo social. En efecto, ya hemos tenido ocasión de señalar en otra parte, por ejemplo, la forma en que ciertos pretenciosos esfuerzos estadístico-sociales están subterfugados por una simplista, absurda, inaceptable concepción de la sociedad como una colección de individuos que, en caso de que se presentara francamente en su forma textual, no podría menos que sufrir el repudio —y el repudio indignado— de cualquier estudioso más humilde de la sociología.

Otra de las glosas metodológicas de Gini, merece asimismo una atención más

cuidadosa por parte de los investigadores. Conducen efectivamente a equívoco las impresiones que se forman quienes no asisten al desarrollo normal y espontáneo de una población, o quienes frente a las poblaciones primitivas —a las que se ha dado en calificar de culturalmente diferentes en forma que sólo es adecuada parcialmente— se preocupan por recoger sólo lo extraordinario; sólo lo que contrasta o no se presenta en la sociedad y en la cultura de la que ellos mismos proceden; olvidándose de consignar todo aquello que coincide con la vida socio-cultural de su población de origen, negando en esta forma a la etnología y a la sociología la posibilidad de descubrir —dentro de la enorme variedad de los sistemas culturales— las líneas comunes, las regularidades que se presentan en todas las sociedades humanas y que son las que, en última instancia —puestas en relación, claro está, con las relativizantes culturales que las modifican en mayor o menor grado— interesan si se ha de constituir seriamente el tesoro propio de la sociología al que el gusto por lo extraordinario, por lo diferente, por lo exótico, no ha dejado, por desgracia, de hurtar piezas dejándola en la penuria. Porque, si bien una de las tareas de las ciencias sociales ha sido y seguirá siendo la de descubrir “las culturas” o “las mentalidades” o “las personalidades de base” diferentes en el seno de la Humanidad, y si asimismo una de las tareas de la sociología ha consistido en descubrir la existencia y la importancia de “sub-culturas”, de “mentalidades de grupo”, etc., especialmente en el seno de las culturas o sociedades más complejas, nunca podrá olvidarse que una de las tareas más nobles de la sociología —la que pretende unificar y no disgregar, la que no busca atomizar sino cohesionar— consiste precisamente en tratar de hallar qué cosa es lo que de humano-social existe al tra-

vés de toda esa diversidad de culturas y civilizaciones que parecen dividir a la humanidad en compartimientos estancos más efectivos que las mismas fronteras políticas, pero que, por fortuna, las mismas relaciones internacionales e interculturales de todo tipo (especialmente informales) muestran como débiles cercas incapaces de contener los desbordamientos de lo humano que busca a lo humano al través de la diversidad de sus manifestaciones.

Que, como señala Gini, en muchas ocasiones el investigador que apremia obtenga la inhibición del investigado o la obtención de las respuestas que complacen al investigador porque la mentira, según un proverbio bantú, es como la cola del buey que caza moscas importunas, es algo que deben considerar especialmente quienes se inician en este sendero con ánimo de inquisidores sociales —en el sentido que presta la historia a la palabra “inquisidor”— más que con el ánimo de investigadores sociales prestos a la identificación simpática y, con todo, controlada frente al investigado. Y, aunque la llama queme, precisamente porque quema y porque su quemadura hará que se evite la reincidencia en errores que afortunadamente ahora mismo que escribimos son ya viejos y periclitados entre los investigadores *profesionales* mexicanos, queremos, en la Revista Mexicana de Sociología, recoger una crítica justa del autor italiano a un sociólogo mexicano al que no nombra —y que, quizá, nos decimos, no merecería tal nombre de sociólogo ni de investigador social— “quien, sometiendo a un preso al fuego fulminante de un cuestionario sobre su vida sexual, llegaba a la conclusión de que el joven era frío y de que no conocía mujeres, mientras que el control del expediente, efectuado con posterioridad, demostraba que había sido condenado por violación” (12).

En el terreno de los resultados o con-

clusiones a que sus directrices metodológicas y sus estudios le han permitido llegar —mucho menos interesantes en cuanto aún no se tienen materiales suficientes para llegar a conclusiones en el terreno de lo social—, Gini enfrenta la tesis inicial de la diferencia fundamental (mentalidad prelógica frente a la mentalidad lógica) de Levy Bruhl, y la tesis según la cual el primitivo sería idéntico al civilizado sostenida por la UNESCO en sus declaraciones sobre las razas. La postura de Gini consiste en considerar que ninguna de ellas corresponde a la realidad; que la mentalidad del civilizado no se opone, sino se superpone a la del primitivo, de tal modo que conserva siempre un fondo de primitividad; que es necesario considerar las diferencias de clase para juzgar de la cercanía o lejanía entre civilizado y primitivo, en cuanto las clases llamadas bajas están más cerca de la primitividad; que el que las poblaciones primitivas y las civilizadas no constituyen dos secciones absolutamente distintas de la humanidad no significa admitir que ellas sean idénticas, sea en el punto de vista del nivel medio de las capacidades intelectuales, sea bajo de su variabilidad individual” (16, 17).

La diferencia entre primitivos y civilizados depende, para Gini, sí, de un diferente desarrollo de la técnica, pero ésta, a su vez, considera que está ligada a la acumulación —al empleo de materiales ya producidos y de estímulos para acrecentar la producción—; no se trata, dice, de una superioridad intelectual del civilizado; es una superioridad en la voluntad de trabajar y de acumular, acabando por preguntarse “si no es una detención en la evolución de esas cualidades la causa de la crisis que atraviesan las sociedades occidentales” (23).

Un título más en la producción de Gini que —con dignidad— entronca con sus preocupaciones permanentes.

DE P. MIRANDA, FRANCISCO:
La Alimentación en México.
Publicaciones del Instituto Nacional de Nutriología. México, 1947, pp. 48.

Frente a la abundancia creciente de robots encuestadores que ya empezamos a padecer en México a causa de la categorización de la pesquisa social como moda de buen tono (antes padecimos la moda de la economía); frente a la actitud de masa inculta de quienes descubren maravillas en la reducción de la pesquisa social a cuestionario y elaboración estadística, ajena a cualquier preocupación auténticamente humana, éticamente cimentada en el deseo de hacer la vida social más justa, más armoniosa, más bella —conforme al viejo dictado aristotélico—, se siente un soplo refrescante cuando, así sea por rumbo distinto del académicamente demarcado como social, se recoge una inquietud realmente humana de servicio, de búsqueda de elevadas metas. Porque si la pesquisa social vale por algo, es precisamente por la actitud con que se la practica: ni curiosa, ni inquisitorial, ni de mero justificativo de un irrisorio título de “investigador” tras el que se ocultan falsos semblantes; sino de preocupada y de comprometida en la superación del hombre que convive con el hombre, del hombre que vive grupalmente y al grupo da y del grupo recibe lo mejor de sí mismo.

Negada, por su materia, a los excesos grandilocuentes —en cuanto se ocupa con realidades tan prosaicas como son las de la alimentación—, la investigación realizada por Francisco de P. Miranda y por sus colaboradores del Instituto Nacional de Nutriología hace referencia a necesidades que, siendo de raíz biológica, prolongan sus implicaciones problemáticas en el campo de lo social en el que plantean interrogantes